

LOS SUCESOS DE GRANADA OFRECEN UN CÚMULO DE LECCIONES POLÍTICAS

JUAN BOSCH

[Vanguardia del Pueblo, 2, 9, 16 y 30 de noviembre de 1983]

De la intervención militar norteamericana en Granada brota un cúmulo de lecciones políticas que todos los miembros y los circulistas del Partido de la Liberación Dominicana deben estudiar, y hacer ese estudio siguiendo el método que hemos recomendado varias veces; esto es, el de observar de manera meticulosa el acontecimiento en su conjunto y a partir de esa observación descomponerlo en todas sus partes para proceder a analizar cada una de ellas en cada uno de sus aspectos.

Visto en su conjunto, el asalto a Granada nos hace conscientes de que se trata del abuso de poder más grande que conoce la historia humana, puesto que territorialmente la isla de Granada es 27 mil 200 veces más pequeña que Estados Unidos y en términos de población Estados Unidos tiene 1 mil 916 veces más habitantes que los 120 mil de Granada, y si eso no fuera suficiente para comprender la magnitud del abuso de poder que ha cometido Estados Unidos con la toma de un territorio que si tiene 60 kilómetros de largo no llega a 6 kilómetros de ancho, comparemos las fuerzas militares norteamericanas con las de Granada y veremos que aquéllas cuentan con cohetes nucleares, portoaviones, submarinos, muchos de ellos atómicos; aviones de todos los tipos armados de cañones y cohetes, satélites para vigilar los movimientos militares de los enemigos y sistemas de comunicación que conectan de manera constante y en minutos a la jefatura de Estado Mayor con sus soldados dondequiera que éstos se hallen, equipados de transporte y tanques; y Granada no tenía nada de eso. Por último, el ejército de Estados Unidos es de millones y millones de hombres, debidamente entrenados y dirigidos por muchos miles de oficiales de todos los grados que se han formado en academias militares mundialmente conocidas, y el de Granada no pasaba, si era que llegaba a esa cantidad, de mil hombres sin la menor experiencia en actos de guerra y armados a la buena de Dios.

De la enorme desproporción en poder militar que había entre Estados Unidos y Granada se deduce una conclusión política: la de que también el enorme abuso de poder ejercido por las fuerzas norteamericanas contra Granada tiene de manera inevitable una contraparte negativa para Estados Unidos; la de que millones y millones de hombres y mujeres conscientes de todo el mundo, que han sido educados en alguna forma para que puedan juzgar los actos de personas y gobiernos, están opinando en contra del gobierno y de las fuerzas armadas de

Norteamérica, y una gran parte de ellos acabará trasladando esa opinión al terreno político; es decir, acabará pensando, y sintiendo y actuando en términos antinorteamericanos.

Así, pues, la imagen del país todopoderoso, el más poderoso de la historia, que quiere recuperar para Estados Unidos el equipo que gobierna en Washington bajo la presidencia de Ronald Reagan, no saldrá bien parada del asalto a Granada, y de manera especial si tomamos en cuenta que a la fecha en que se escriben estas líneas, cinco días después de haberse iniciado el ataque a la pequeña isla antillana, las tropas invasoras no habían podido dominar la resistencia que hallaron de parte de los menos de mil soldados que formaban el ejército granadino.

¿Quién hiló los planes?

Visto y analizado en su aspecto político el conjunto del acontecimiento de que nos ocupa, pasemos ahora a separarlo en sus partes esenciales para estudiar cada una de ellas.

Si empezáramos preguntándonos por qué atacó Estados Unidos a la diminuta Granada tendríamos que referirnos a los antecedentes del hecho y eso nos llevaría lejos del propósito que perseguimos y, además, sería innecesario porque lo mismo los lectores de este artículo que su autor sabemos cuáles fueron las razones políticas que convirtieron a Estados Unidos en enemigo mortal de Granada, y lo que nos toca determinar ahora es qué hecho o suceso desató el ataque militar del poderoso enemigo de Granada al minúsculo Estado granadino.

Lo que lo desató fue la muerte del primer ministro Maurice Bishop, que como saben todos los lectores de Vanguardia del Pueblo fue fusilado por soldados granadinos cuando al frente o en el medio de una multitud llegó a las puertas de un edificio donde se alojaba el grueso del ejército de Granada reclamando la libertad de partidarios suyos que se hallaban en ese cuartel. El propio Reagan dijo que el asalto a Granada fue la respuesta de Estados Unidos a lo que él calificó de brutal asesinato cometido por asesinos izquierdistas radicales; y como los que seguimos los sucesos políticos en detalles sabemos que el Presidente Reagan no tenía el menor afecto ni sentimiento parecido por Bishop, a quien se negó a recibir cuando el jefe del gobierno granadino visitó Nueva York para tomar parte de una reunión de las Naciones Unidas, debemos pensar que Granada ha sido un país afortunado, pues si ha tenido que sufrir un asalto militar a causa de la muerte

de Bishop dispuesto por el gobierno cuyo jefe despreciaba a Bishop, en caso de que ese jefe de gobierno –esto es, Reagan– hubiera sido amigo íntimo del primer ministro granadino habría pulverizado la isla entera lanzando sobre ella toda la coherencia militar norteamericana y hoy lo que habría quedado en Granada estaría cubierto por las aguas combinadas del mar Caribe y del Océano Atlántico.

Analicemos ahora en todas sus partes el fusilamiento o el asesinato de Bishop.

¿Cómo se produjo, quién lo planeó?

Será muy difícil que esas preguntas sean respondidas, como será muy difícil saber por qué Maurice Bishop llegó, a la cabeza o en el centro de una multitud de cuatro o cinco mil personas hasta el cuartel militar de Granada. Esa multitud había llegado allí rodeando a Bishop desde que sacó al líder del partido Nueva Joya de la Casa de Gobierno, donde se hallaba en arresto domiciliario, ¿pero ¿quién o quiénes formaron esa ola humana y la dirigieron a la Casa de Gobierno para poner en libertad a Bishop? ¿Fueron partidarios de Bishop, militantes de su partido, o fueron agentes de la CIA?

En Granada había unos mil norteamericanos, la gran mayoría de ellos estudiantes de Medicina que hacían sus estudios en una de esas universidades que Estados Unidos exporta hacia países del Caribe como lo sabemos en República Dominicana, donde ha caído una avalancha de ellas; y entre esos mil o mil y tantos estadounidenses muy bien podía haber varios, y no uno solo, agentes de la CIA escogidos entre negros y mestizos de Harlem o de Chicago o Miami para que pasaran en Granada, país de lengua inglesa, como granadinos de los que viven en Estados Unidos.

2

En el Senado de Estados Unidos se sabía que la CIA había jugado un papel importante en los acontecimientos de Granada porque la invasión se llevó a cabo el martes 25 de octubre y dos días después, el jueves 27, el director de la CIA, William J. Casey, fue llamado a ese alto cuerpo legislativo para que explicara cuáles habían sido las actividades que había cumplido la organización que él encabeza en los sucesos de Granada, y a la fecha en que se escriben estas líneas – 4 de noviembre– no se ha dicho ni jota de la información que les dio Casey a los señores senadores; pero uno de esos senadores declaró que a él se le había dado

la noticia de que los aviones que sacaron de Granada a los estudiantes norteamericanos a los que nos referimos en el artículo anterior viajaron también agentes de la CIA, y con ellos, personal del Departamento de Estado y del Departamento de la Defensa. Esos datos figuran nada menos que en The New York Times, edición del viernes 28 de octubre, y hasta el momento no han sido desmentidos por nadie.

¿Qué hacían en Granada, y en esos momentos, miembros de la CIA y funcionarios de dos departamentos tan importantes como el de Estado y el de la Defensa? ¿Desde qué fechas se hallaban en la pequeña y desdichada isla?

Bishop había sido asesinado el miércoles día 19 de octubre poco después de haber sido liberado de la prisión domiciliaria a que lo había condenado el Comité Central de su partido, la Nueva Joya. La condena empezó a ser cumplida el 12, y entre el 12 y el 19 en horas de la mañana transcurrieron seis días con sus noches en los cuales no sucedió nada importante en Granada si se exceptúa una pequeña manifestación celebrada a unos cuantos kilómetros Saint George, la capital de la isla, en la que se pedía la libertad de Bishop y de buenas a primera, en la mañana del miércoles 19, se reunió una multitud de 3 ó 4 mil personas que se dirigieron a la casa del gobierno donde estaba Bishop en condición de detenido, violentaron varias puertas y sacaron a Bishop a las calles.

¿Quién o quiénes planearon y dirigieron esa marcha el día 19? ¿Fueron en verdad partidarios de Maurice Bishop o fueron agentes extranjeros que formaban parte de una acción concebida de manera cuidadosa muy lejos de Granada? ¿Fueron granadinos y fueron norteamericanos?

Hay que hacer éstas y otras preguntas porque sabemos que la invasión de Granada había sido ensayada con bastante anticipación. Se ensayó en Vieques, la pequeña isla adyacente de Puerto Rico, y a fin de que el lector se haga cargo de la importancia que ese ensayo tuvo para el Pentágono, diremos que en realidad Granada no es nada más que una isla porque parte de su territorio son las dos primeras isletas de la cadena de las Granadinas; esas dos isletas se llaman Carricou, que mide 34 kilómetros cuadrados, y Petit Martinique, que mide 2 kilómetros cuadrados. Pues bien, en el ensayo de Vieques, Carricou y Petit Martinique fueron simuladas a base de elementos flotantes a fin de que soldados marinos y aviadores de todos los grados se hicieran una idea precisa de los lugares que iba a

ser atacados cuando se decidiera que había llegado la hora de tomar Granada. Por cierto, en Carricou dijeron los jefes de los invasores que habían descubierto un depósito de armas.

Bishop no pensó en la CIA

El día 25 de octubre, el mes trágico de Granada, a gran distancia donde había sido asesinado Maurice Bishop –nada menos que en Londres, la capital de Inglaterra–, los canales 1, 2 y 3 de televisión informaron a sus televidentes que la operación de toma de Granada había sido preparada con anticipación por parte del Pentágono y la CIA. El Canal 1 (la conocida BBC) afirmó que los planes de la invasión se hicieron “en gran secreto”, tanto, que los representantes diplomáticos de Inglaterra en Barbados –una isla que se haya a 150 millas al este de Granada, cuyos gobernantes son abiertamente derechistas, y que lo mismo que Granada es parte de la Mancomunidad Británica, lo que significa que su jefe de Estado es la Reyna de Inglaterra– no tuvieron noticia alguna de esos planes del Pentágono y de la CIA. Por su parte, el Canal 3 dijo que desde los meses del verano –julio, agosto y septiembre– la CIA se dedicó a elaborar planes para invadir Granada y recordó que los norteamericanos habían ensayado en una isla similar a la de Granada el desembarco que iba a hacerse ese día 25 de octubre. El Canal 3 no mencionó a Vieques, pero no puede haber la menor duda de que al referirse a los planes de la CIA estaba aludiendo a ese territorio puertorriqueño.

Maurice Bishop estaba en autos de que la CIA preparaba un golpe contra el gobierno que él presidía, y es difícil de aceptar la idea de que cuando el Comité Central de su partido lo condenó a arresto domiciliario –lo que significa mantener a una persona detenida pero no en una cárcel sino en su domicilio o la casa donde está viviendo– Bishop no relacionara esa decisión del Comité Central de la Nueva Joya con la CIA; y no nos cabe duda de que la CIA estaba actuando allí, en Granada, puesto que alguien que se encontraba en la isla, y seguramente en su capital, la pequeña ciudad de Saint George, mantenía al gobierno norteamericano informado de lo que estaba sucediendo, tarea nada difícil debido a que las comunicaciones a Washington podían enviarse a través de cualquiera de las islas inglesas vecinas de Granada, en la que había diplomáticos y cónsules de Estados Unidos.

Un testigo presencial, el periodista Alister Hughes, contó que el día 19 de octubre, en horas de la mañana:

“se congregó en la ciudad una multitud encabezada por el ministro de Relaciones Exteriores, Unison Whiteman, quien instó a la gente –unas 2 mil personas– a ir a la residencia de Bishop, a rescatarlo... La multitud subió la colina, hacia el sector oriental de la ciudad... Desde mi casa, con binoculares, vi a la gente rodeando la residencia de Bishop. Pese a estar asustado fui hasta allí”;

y al llegar a ese punto da un dato muy importante: “Hubo disparos de fusiles”, dice, para explicar a seguidas: “Por sobre las cabezas de la gente, me dijeron”.

Hughes cuenta que a esa altura de los hechos la multitud era de unas 5 mil personas que gritaban: “¡Tenemos a nuestro líder!”. Hughes logró acercarse a Bishop y le pidió que le dijera algo, “cualquier cosa”, y cuando el líder la Nueva Joya y el jefe del gobierno de Granada empezó a decirle “Las masas...”, esas masas lo metieron en un camión y se lo llevaron.

La breve escena que relata el periodista Alister Hughes da una idea clara de que en vez de comandar a las masas granadinas, las masas granadinas disponían de Maurice Bishop en esa hora trágica de su vida y la de su pueblo, pero como las masas no actúan nunca por sí mismas, alguien las había congregado, alguien las dirigía, y Bishop no se detuvo a pensar quién o quiénes eran sus directores.

3

Si fue la CIA, a través de agentes suyos o valiéndose de granadinos, quien organizó la manifestación que sacó a Maurice Bishop de la Casa de Gobierno donde lo tenía encerrado el Comité Central de la Nueva Joya, Maurice Bishop debió haber impuesto su autoridad sobre la multitud que se integró en esa manifestación. Bishop sabía que la CIA había elaborado planes para eliminarlo y debió sospechar que detrás o en medio de la multitud de la cual se hallaba rodeado cuando salió de la Casa de Gobierno debía o podía estar esa poderosa organización, y que, por tanto, a él le tocaba jugar, en ese momento más que nunca, el papel de líder, el de quien dirige a las masas, y nunca el de quien se deja llevar de ellas, porque en la hora de sus máximos entusiasmos las masas actúan emocionalmente y puede haber alguien listo para aprovechar su emocionalismo usándolas como instrumento ciego de planes ajenos, planes de éstos que se hacen

y se ejecutan con tanto cuidado como el que se le dedica a la construcción de una máquina.

El periodista Alister Hughes dijo que cuando él llegó a la Casa de Gobierno oyó disparos de fusiles, disparos que fueron hechos “por encima de las cabezas de las gentes”, pero no especificó quién o quiénes fueron los autores de esos disparos. ¿Serían acaso los mismos que poco después, al llegar al fuerte Rupert, descargaron sus armas hacia adentro de ese establecimiento militar?

Es lástima que no se haya explicado por qué llevaban armas algunas de las personas que rodeaban a Bishop en el momento en que la multitud llegó frente al fuerte Rupert, y sobre todo por qué las usaron en ese momento para disparar hacia los soldados que ocupaban el fuerte. De acuerdo con Hughes, la multitud, que había sido de unas 3 mil personas cuando violentó las puertas de la Casa de Gobierno para liberar a Bishop, era de unas 5 mil cuando llegó al fuerte, y entre 5 mil personas es fácil que se deslicen unas cuantas, especialmente adiestradas para provocar acontecimientos incontrolables, y al parecer, Maurice Bishop no pensó en la posibilidad de que eso estuviera sucediendo en el momento en que frente al cuartel militar de Granada, el único que había en ese diminuto país, llegaba él rodeado de varios miles de granadinos exaltados por la pasión política.

Bishop se había dejado llevar por la multitud; se había dejado arrastrar por ella; ella lo condujo a las puertas del fuerte Rupert, el lugar donde residía de veras el poder de su país, que había pasado de Bishop al jefe militar, Hudson Austin, pero los hechos indican que Maurice Bishop no había llegado a darse cuenta de que quién controla el poder político es aquel que tiene el control de los fusiles.

Fue un error del líder de la Nueva Joya y jefe del gobierno granadino ir, en medio de la multitud, arrastrado por ella, desde la Casa de Gobierno hasta el cuartel militar, y ese error le costó a él la vida y a Granada y su pueblo el aplastamiento, la destrucción implacable de su proceso revolucionario; pero la responsabilidad de esos hechos no caerá sobre la cabeza de Maurice Bishop; con esa responsabilidad cargarán para siempre Bernard Coard, su mujer Phyllis Coard y Hudson Austin. Parece que sobre todo los dos primeros intrigaron en el seno del Comité Central de la Nueva Joya con tanta intensidad que acabaron convirtiendo a la mayoría de sus 14 miembros en enemigos políticos del líder del partido, a quien acusaban de haberse derechizado, de solicitar negociaciones con el

gobierno de los Estados Unidos y de mantener un estilo de dirección del partido y del gobierno propio de un caudillo y no de un dirigente revolucionario.

La campaña contra Bishop había llegado a tales extremos que en una reunión del Comité Central de la Nueva Joya celebrada el 14 de septiembre se propuso que aunque Bishop se mantendría al frente del gobierno, se ocuparía sólo de los problemas de política exterior, y Bernard Coard (que no era miembro del Comité Central pero sí lo era su mujer) pasaría a dirigir el partido y la economía del país. En esa reunión participaron 13 de los miembros del Comité Central, 9 de los cuales votaron a favor de la propuesta, 1 en contra y 3 se abstuvieron.

El 27 de septiembre se reunió de nuevo el Comité Central de la Nueva Joya. Bishop saldría al día siguiente de viaje hacia Checoslovaquia y Cuba y quería discutir los resultados de la reunión anterior, con los cuales estaba de acuerdo, dijo, pero necesitaba de tiempo para ponerlos en ejecución. Esa reunión duró 15 horas y sería la última que se celebraría porque al volver de su viaje el 8 de octubre Bishop fue acusado de haber lanzado el rumor de que Bernard y Phylis Coard habían organizado su asesinato, y el Comité Central ordenó su reclusión domiciliaria, orden que fue puesta en vigor el día 12 de octubre, y una semana después, el día 19, se desataron los acontecimientos que hicieron de Granada el punto focal de la atención, por lo menos de los países de América.

En Granada se tenía a Bernard Coard como un buen economista, pero los hechos que provocó su necesidad de igualarse con Bishop en la dirección de la vida pública granadina indican que su capacidad política era inferior a su ambición pequeñoburguesa de ascenso social y político. Por de pronto, ni él ni sus partidarios del Comité Central de la Nueva Joya tomaron en cuenta el enorme papel que podía jugar en un momento dado la política exterior en un país tan pequeño como Granada que era vecino de varios, también pequeños Estados anómalos, todos ellos miembros de la Mancomunidad Británica de Naciones, pero sólo uno –Trinidad-Tobago– confiable para el gobierno de Granada, el único que había tomado el camino de la revolución socialista.

El gobierno de Barbados, por ejemplo, es totalmente reaccionario y proyanqui, y la noticia de que el jefe del gobierno de Granada estaba detenido alarmó de tal manera a los gobernantes de Barbados que sin perder tiempo se pusieron en comunicación con varios otros gobiernos de países diminutos, como Dominica,

todos miembros de la Mancomunidad Británica, y a través de ellos Washington estuvo informado de cuanto sucedía en Granada, de manera que cuando salió de Granada la noticia de que Maurice Bishop había sido asesinado, ya el Presidente Reagan y sus consejeros y secretarios de Estado estaban al tanto no sólo de esos hechos sino, además, en contacto con esos diminutos vecinos de Granada que le brindaron en bandeja de plata lo que el gobierno de Reagan le pareció una autorización para violar todos los principios del Derecho Internacional; y el brindis fue una solicitud para que se aliara a ellos en el propósito de invadir militarmente el territorio granadino.

Esos Estados anómalos alegaron que la toma del poder por los “radicales” de Granada era una amenaza real para todos ellos y que sólo Estados Unidos podía garantizarles su existencia, y apoyado en esa invitación el gobierno de Ronald Reagan decidió la invasión de Granada y la presenta ahora al pueblo norteamericano como una hazaña de generosidad internacional en vez de lo que fue, un abuso de fuerza incalificable e indefendible.

4

Además de la lección que podemos extraer de la conducta impropia que mantuvo Maurice Bishop cuando se dejó dirigir por una masa exaltada que lo llevó hasta las puertas del Fuerte Rupert, en los sucesos de Granada hay otra lección muy importante; y es la que dio el radicalismo pequeño burgués de los líderes del Partido Nueva Joya, porque fue la irresponsabilidad de esos líderes lo que desató los acontecimientos granadinos, y nos parece útil para la formación política de los peledeístas demostrarles que en Granada, como en cualquier otro país, los radicales pequeño-burgueses son buenos para ejecutar órdenes, pero malos para hacer planes; y vamos a demostrar lo que acabamos de decir valiéndonos del ejemplo de la Revolución Rusa.

Cuando esa Revolución tenía apenas seis meses en el poder, Lenín, escribió una serie de seis artículos con el título de “El Infantilismo “Izquierdista”y el Espíritu Pequeño-burgués” en la cual denunciaba el radicalismo de los revolucionarios rusos que atacaban sin cesar la política leninista y basaban sus ataques en ilusiones como la de que “Durante la primavera y el verano próximos (querían decir en ese mismo año de 1918. Nota de j.b.) debe empezar el hundimiento del sistema imperialista”, pero en opinión de Lenín,

“...mientras no estalle la revolución socialista internacional, que abarque a varios países y tenga fuerza suficiente que le permita ayudar a vencer al imperialismo internacional, mientras no ocurra eso, el deber ineludible de los socialistas triunfantes en un solo país (y especialmente en un país atrasado) consiste en no aceptar el combate con los gigantes del imperialismo, en tratar de rehuir el combate, de esperar a que la contienda entre los imperialistas debilite a éstos más aún, acerque más aún la revolución en otros países” (itálicas y paréntesis de Lenín).

Pero de nada valía lo que dijera Lenín. Esos izquierdistas pequeños burgueses alegaban que la Revolución Rusa abandonaba “el camino revolucionario internacional, eludiendo constantemente el combate y retrocediendo ante la embestida del capital internacional” y reclamaban que se pusiera en ejecución “una decidida política internacional de clase, que una la propaganda revolucionaria internacional con palabras y con hechos, y el fortalecimiento de la ligazón orgánica con el socialismo internacional”.

Para esos radicales, la Revolución Rusa ha caído en una “desviación de bolchevique de derecha”, tesis que era compartida por un grupo de bolcheviques encabezados por Bujarin y Pokrovski, y en cuanto a los mencheviques, éstos decían en su periódico Vperiod nada menos que esto:

“[La política del gobierno de Lenín], ajena desde el primer momento al carácter auténticamente proletario, emprende en los últimos tiempos y cada día de manera más abierta la senda del acuerdo con la burguesía y adquiere un carácter claramente antiobrero. Bajo la bandera de la nacionalización de la industria se aplica una política de implantación de los trust industriales, bajo la bandera del restablecimiento de las fuerzas productivas del país se hacen intentos de acabar con la jornada de ocho horas, de implantar el trabajo a destajo y el sistema de Taylor, las listas negras y las cédulas de identidad discriminatorias. Esta política amenaza con privar al proletariado de sus conquistas fundamentales en el terreno económico y convertirlo en una víctima de la ilimitada explotación por parte de la burguesía”.

Esa campaña creó un clima de exaltación del radicalismo pequeño burgués ruso tan peligroso que culminó en varios actos llamados a parar en seco la Revolución, y el más grave de ellos fue el atentado contra la vida de Lenín, llevado a cabo el

30 de agosto de 1918 cuando el jefe del gobierno revolucionario salía de un mitin de obreros que se había celebrado en una fábrica de las afueras de Moscú. La autora del ataque fue una mujer, típica pequeño-burguesa, miembro del Partido Socialista de Izquierda. Lenin recibió dos balazos, uno en el cuello y otro en un brazo, que lo retuvieron en cama más de mes y medio.

En el espejo brillante de la Revolución Rusa podemos ver cómo actúa la pequeña burguesía que se llama a sí misma revolucionaria; actúa sin freno porque juzga los métodos y no las metas que se persiguen. Parece que Maurice Bishop no se dio cuenta de que sus compañeros de Nueva Joya eran pequeños burgueses y que por esa razón muchos de ellos estaban llamados a juzgar los hechos de Bishop por sus apariencias, no por su sustancia.

En el discurso que pronunció el 14 de este mes en el acto en que despidió el cortejo fúnebre de los obreros cubanos de la construcción asesinados en Granada, Fidel Castro dijo que los enemigos granadinos de Bishop, miembros y dirigentes de su partido, usaron argumentos falsos e invocaron los más puros principios del marxismo-leninismo para acusar a Bishop de que practicaba el culto de la personalidad con abandono de las normas leninistas de dirección, acusación que no tenía base porque a juicio de él –Fidel Castro–, Bishop no tenía nada de autoritario sino que más bien era lo opuesto, un hombre modesto, sencillo, noble; y se preguntaba si los que conspiraban contra Bishop no serían un grupo de extremista endrogados con teorías políticas o si se trataba de individuos ambiciosos, oportunistas o agentes del enemigo que quería destruir la revolución de Granada.

Fidel Castro explicó en ese discurso (que hemos tenido que leer en la versión inglesa publicada en *The New York Times* del 20 de este mes porque un periódico cubano, cualquiera que sea, tarda más de un mes en llegar a Santo Domingo, y eso, poniéndole sellos aéreos) que Granada se había convertido en un símbolo de independencia y progreso en el Caribe y por esa razón había que aniquilar la revolución granadina, ese mal ejemplo para las pequeñas islas que se hallan en su vecindad, y de pronto, “emergieron hienas en las filas revolucionarias”, y ahora no puede nadie saber si los que usaron el arma “del divisionismo y el enfrentamiento interno lo hicieron por sí solos o fueron inspirados y empollados por el imperialismo”.

El líder cubano vio de manera clara las lecciones que hay en el doloroso episodio de Granada y lo dijo de esta manera: “Vean la historia del movimiento revolucionario [mundial] y hallarán más de una conexión entre el imperialismo y aquellos que toman posiciones que parecen ser de extrema izquierda”.

Esa lección la vemos todos los días en la República Dominicana porque nos la dan los Isa Conde y sus compartes del PCD y de algunos de los grupos que se han asociado con ellos.